

Santiago Blasco

LA  
PALMA  
DEL  
INDIANO

algaida



Primera edición: 2016

© Santiago Blasco, 2016  
© Algaida Editores, 2016  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9067-477-2  
Depósito legal: SE. 24-2016  
Impreso en España-Printed in Spain

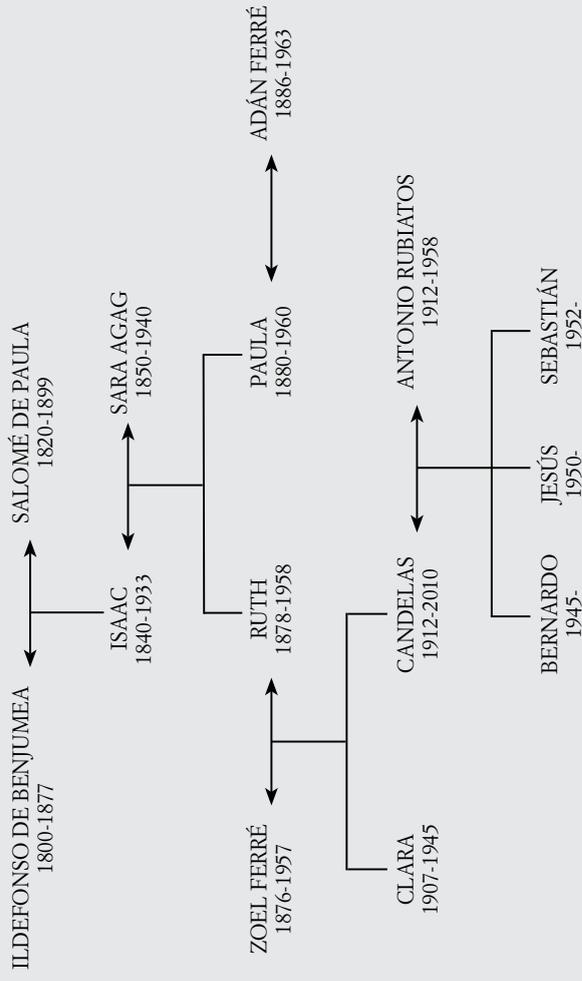
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

CAPÍTULO I .....	17
CAPÍTULO II .....	39
CAPÍTULO III .....	53
CAPÍTULO IV .....	67
CAPÍTULO V .....	89
CAPÍTULO VI .....	95
CAPÍTULO VII .....	101
CAPÍTULO VIII .....	105
CAPÍTULO IX .....	127
CAPÍTULO X .....	137
CAPÍTULO XI .....	151
CAPÍTULO XII .....	171
CAPÍTULO XIII .....	203
CAPÍTULO XIV .....	211
CAPÍTULO XV .....	221
CAPÍTULO XVI .....	231
CAPÍTULO XVII .....	239
CAPÍTULO XVIII .....	259
CAPÍTULO XIX .....	269
CAPÍTULO XX .....	285
CAPÍTULO XXI .....	295
CAPÍTULO XXII .....	309
CAPÍTULO XXIII .....	319
CAPÍTULO XXIV .....	323

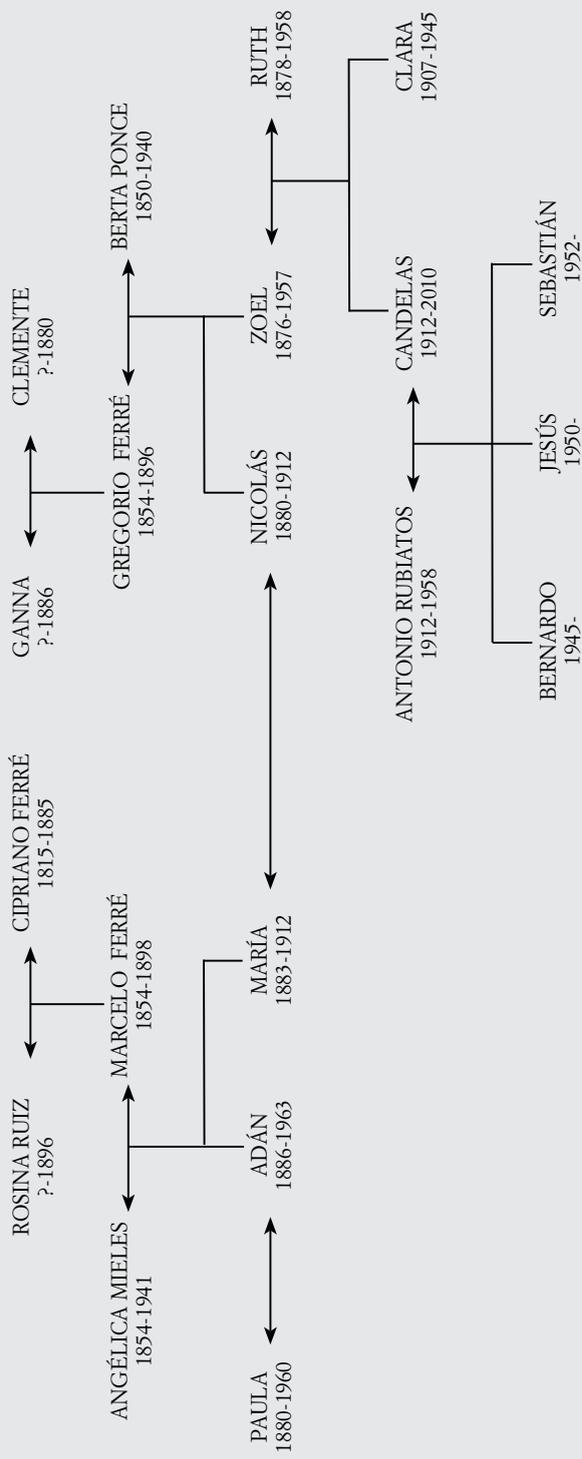
CAPÍTULO XXV .....	333
CAPÍTULO XXVI .....	359
CAPÍTULO XXVII .....	365
CAPÍTULO XXVIII .....	385
CAPÍTULO XXIX .....	399
CAPÍTULO XXX .....	407
CAPÍTULO XXXI .....	415
CAPÍTULO XXXII .....	423
CAPÍTULO XXXIII .....	431
CAPÍTULO XXXIV .....	461
CAPÍTULO XXXV .....	475
CAPÍTULO XXXVI .....	491
CAPÍTULO XXXVII .....	503
CAPÍTULO XXXVIII .....	525
AGRADECIMIENTOS .....	539

## CUADRO GENEALÓGICO DE ORIGEN GADITANO





## CUADRO GENEALÓGICO DE ORIGEN AFROCUBANO





*A Pilar, mi mujer; paciente donde las haya, que me ha elegido como compañero de viaje en esta aventura tan peligrosa y atractiva, que es el vivir.*

*En recuerdo de aquellas veladas nocturnas en la campiña del Loira. Conversaciones a media luz, que siempre estuvieron acompañadas por el enigmático crepitar de un grueso leño, que ardía en el hogar de aquella chimenea para traer a mi memoria recuerdos de la infancia. En la mano, una sobria copa de vino aportaba ese calor especial que favorecía la fluidez de pensamiento y ayudaba a que las palabras salieran con más facilidad de la boca. Mientras tanto, Pilar, Mari Nieves y Teo desgranaban una a una las hojas de aquella margarita fruto de mi imaginación.*



«Levantaos esclavos, porque tenéis patria»

Discurso sobre la abolición de la esclavitud en 1870

EMILIO CASTELAR



## CAPÍTULO I

**E**L ALBA DE UNA MAÑANA DE AQUEL CÁLIDO OTOÑO, DESPUÉS de muchos días de travesía tranquila, anunció a los tripulantes del navío Daniya que se encontraban ante las primeras señales inequívocas de estar situados frente a la costa del Caribe. Todos buscaban impacientes ese punto conocido de referencia que debía marcar el final de su aventura. Sin embargo, también sabían que hasta que pudieran desembarcar en el puerto de La Habana, aún deberían cumplir una serie de formalidades que retrasarían su deseo de pisar por fin tierra firme.

Después de una jornada de navegación en la que constantemente divisaron el litoral, no fue hasta bien adentrada la tarde cuando el capitán Armijo ordenó echar el ancla y prepararse para fondear; delante de babor tenían una de las ciudades más bellas que un marino podía contemplar desde altamar. Ya habían llegado, y la alegría se extendió por la cubierta de la nave en cuestión de segundos. Los vítores y abrazos no se hicieron esperar; aquella noche se pasaría al pairo, pero podrían observar, a lo lejos, las luces de su destino. Además, todos tendrían, como era costumbre, una ración extra de ron para festejar

su llegada. A pesar del cansancio acumulado por la duración del viaje, todavía muchos de los marineros tuvieron ganas de relajarse para contemplar el atardecer caribeño. Un sol rojizo se ocultaba tras el horizonte mientras una multitud de palmeras se balanceaban de un lado para otro como si quisieran despedirle con una especie de baile sensual. A lo lejos, en los acantilados, batían las olas con su fuerza atronadora, mientras en las playas de arena fina el agua moría mansamente. Todos cuantos pudieron salieron a respirar en cubierta esa amalgama de olores inconfundibles de la vegetación en su estado más puro y salvaje; una sensación que solo la puede ofrecer una tierra que posea esa marcada riqueza tropical.

La marinería estaba contenta y deseaba desembarcar cuanto antes porque conocía la hospitalidad y las excelencias de las gentes caribeñas, y en especial la sensualidad de sus muchachas. Sabía de su alegría, de la vistosidad de sus trajes por la abundancia de los colores y de su facilidad para la música, capaz de amenizar cualquier sarao y sacar lo mejor de cada uno, fiestas que se prolongarían hasta altas horas de la madrugada y se celebrarían durante toda su estancia en la isla.

En contraposición, en el interior de la bodega de carga, una multitud de seres casi agonizantes se agolpaban unos sobre otros en busca de algo de aire que sofocara su alta temperatura corporal. Comprimidos en esos chiscones oscuros y malolientes permanecían inmóviles a la espera de conocer un destino incierto que marcaría el futuro de sus vidas. Sin entender las razones por las que se encontraban en esa desesperada situación, recordaban con tristeza los días de libertad, aún recientes, en los que fueron felices en sus diferentes lugares de origen. Sudorosos, con la mirada perdida, muchos de ellos aún mantenían unas heridas abiertas que no cesaban de manar sangre. Otros ya las tenían infectadas y, aunque lo desconocían,

era posible que no llegaran a ver el amanecer de la semana próxima.

Aunque son de diferentes etnias, tienen en común el color de su piel y que han desistido de toda esperanza por recuperar a sus seres queridos; familiares indefensos que han dejado atrás cuyo paradero desconocen, así como si aún permanecen vivos. Son esclavos recién capturados que tan pronto como sea posible serán vendidos en el mercado para satisfacer las necesidades de sus nuevos dueños. Desde que fueron raptados de sus aldeas, mantienen en su memoria el trato recibido por aquellos blancos desconocidos a quienes jamás habían hecho daño alguno. Tampoco pueden olvidar los últimos acontecimientos que han tenido que presenciar en el velero; esos que les interrumpen el sueño desde hace bastantes jornadas y les pesan como una losa de la que difícilmente se van a poder desprender, al menos a corto plazo.

Tanto la tripulación como los esclavos mantienen, por motivos diferentes, un recuerdo imborrable de los sucesos acaecidos en contra de su voluntad, que seguramente los acompañarán durante gran parte del resto de sus vidas, y sobre todo para esa esclava musculosa que ha sido parte interesada de los hechos. Pero todos ellos en su fuero interno reconocen que habría sido mucho mejor que jamás se hubieran producido tales desmanes para no haber tenido que presenciar aquellos extremos incontrolados.

A la mañana siguiente, el barco se acercó lentamente hasta recibir la autorización de atraque en el pantalán asignado del puerto. Cuando se inició la tarea de descarga y recuento de la mercancía, esta se encontró diezmada como consecuencia de los terribles penares, la falta de aire y de libertad de movimientos, las diferentes enfermedades y epidemias, y por último, la avanzada desnutrición que muchos padecieron durante la du-

ración de la expedición; una terrible experiencia que cubría un periodo de entre tres a seis meses, según los casos, que comenzó en el momento en que fueron apresados en sus distintas aldeas y terminó con su llegada a puerto. En un primer recuento, el número de unidades que consiguió llegar con vida resultó ser bastante más bajo que la media estadística para este tipo de viajes. Encadenados, al compás de golpes de látigo contra el suelo, salieron poco a poco a la cegadora luz; primero fueron las hembras y después los machos. Semidesnudos y visiblemente sucios fueron conducidos a los lugares de engorde, mientras una curiosa población en general, y en particular los más interesados en su futura adquisición, se arremolinaron en el puerto y en sus inmediaciones para revisar el estado y la calidad de los ejemplares que serían puestos a la venta en fechas cercanas.

Ninguna de las capturas había visto jamás una ciudad al estilo occidental, ni tanta gente congregada en un acto semejante. La confusión y el miedo a lo desconocido les hicieron temer un final inmediato, aunque seguro que para muchos de ellos esa solución hubiera resultado la mejor elección de las posibles alternativas. Sin embargo, en contra de todo pronóstico, anduvieron por una especie de pasillo flanqueado por la muchedumbre hasta que fueron conducidos a su lugar de reposo.

Desde que se supo de su presencia en el litoral, se realizaron los preparativos necesarios para cumplimentar al capitán Armijo y a su tripulación. Cada cual, según su graduación e importancia, fue recibido con agasajos y celebraciones por una población, deseosa de ganar algunas monedas, y por los indios, necesitados de una mano de obra que comenzaba a escasear. Sin embargo, ninguno de los presentes sospechaba que en aquellos momentos presenciaban el inicio de la decadencia del negocio de la trata de esclavos; que aunque el puerto de La

Habana sería el último en aceptar este tipo de transacciones, sus días estaban contados y cada vez serían más escasas estas entradas.

Para el trabajo duro, los esclavos bozales eran los más apreciados, y de seguro que todos encontrarían acomodo en las diferentes haciendas. De momento, lo más importante consistía en desembarcar a los esclavos y mantenerlos bajo una estricta cuarentena en una especie de cobertizo dedicado a tales usos y otros similares, que estaba situado en las afueras del puerto y donde podían ser custodiados hasta el momento de su venta. A partir de ese momento, aparte de controlarlos, el único trabajo de sus guardianes consistiría en hacerlos engordar y que recuperasen las fuerzas perdidas durante el viaje, para conseguir los mejores precios posibles por ellos. Una vez acomodados en su provisional vivienda, el cirujano del barco y el médico del puerto velarían por la salud de los recién llegados para garantizar a la población que no se produciría ningún tipo de contagio ni brote epidémico con la presencia de los esclavos.

El padre Clemente, protector de aquellos desamparados, que venía consolándolos desde África, se presentó de inmediato al párroco del lugar, llamado padre Emilio, al que le explicó detenidamente su situación. Después de contar con su beneplácito, se encaminó hacia el lugar donde estaban confinados los esclavos negros, con la única misión de servirles de ayuda y de consuelo en todo cuanto pudiera. Allí, entre aquellos abandonados barracones, el entregado misionero se Hermanó con los que sufrían por razones que aún no comprendían. Prestó atención especial a la esclava 14-A, la conocida como Ganna, quien después de perder a su pareja de aquella manera tan inhumana había caído en una especie de depresión profunda que le impedía comer y relacionarse con el resto de sus compañeros de infortunio, incluso con aquellos que eran de su mismo poblado.

Dejó de hablar y, por las noches, decían que dormía con los ojos abiertos. Compadeciéndose de su situación, quiso tomarla directamente a su cargo para evitar que cayera en poder de algún amo despiadado, que sin comprender el trance que padecía la emprendiera a golpes con ella al interpretar su actitud como una falta de obediencia. Pero sin dinero para comprarla, pues la pobreza del misionero dominico era evidente, aquel deseo no se vería jamás cumplido. Fue bajo esta presión y en esta precisa situación de urgencia cuando el religioso, al pedir ayuda, comprendió que el catecismo del hombre de esa época se llamaba economía de mercado. A partir de entonces, tomó la importante decisión de que, pasara lo que pasara, no se movería del lugar donde iban a ser vendidos sus antiguos feligreses; que ante las penalidades sufridas por aquellos infelices, que había podido comprobar de primera mano como testigo de excepción, nunca más volvería a quejarse de sus insignificantes problemas personales. Desde ese mismo momento, solo trabajaría en pos de mejorar las condiciones de vida de sus protegidos. Sin proponérselo, cambió radicalmente su conducta con los poderosos, lo que le valió, en un futuro mucho más cercano de lo que él mismo hubiera imaginado, el sobrenombre de Padre de los Negros.

Por otro lado, el personaje más importante y máximo responsable de que las transacciones resultaran de la mejor manera posible era el representante del negrero en aquellas tierras, don Diego Pereda. Primero seleccionó por modalidades a los esclavos, para luego ofrecer los distintos lotes a aquellos hacendados de quienes consideraba que podría obtener mejor rendimiento por la venta de la mercancía. En realidad, esta especie de asesor era muy valorada porque conocía perfectamente las necesidades de los terratenientes, ya que era un hombre afincado en el lugar. Su condición de vecino de los compradores, con

los que había mantenido largas conversaciones en otras ocasiones similares e incluso compartía relaciones de amistad y negocios, le otorgaba un reconocimiento extra que hacía que se dejaran aconsejar por su amplia experiencia a la hora de la difícil elección. En estos casos actuaba por partida doble; como vendedor en nombre de un tercero ausente, y como asesor de sus amigos compradores, con los que sin duda quería quedar en buen lugar, asegurándose la continuidad de su amistad y de sus servicios en las siguientes ocasiones. Por otro lado, también debía tener localizada la mercancía que el buque debería transportar cuando retornara a la madre patria, como contraprestación por la entrega de los esclavos. Si sobrara algo de dinero, el capitán de la nave lo llevaría consigo para devolvérselo al armador. Por el contrario, si algo faltara para completar el pago, sería el mismo capitán quien abonaría la diferencia para luego, a su regreso, rendir las oportunas cuentas. De ahí que su buena intervención fuera primordial para conseguir que la expedición fuera exitosa para todas las partes.

En realidad, el trabajo de Armijo hasta el momento de partir se basaba en actuar como relaciones públicas entre armador y productores de bienes de consumo de la zona; es decir, compradores de esclavos. Estaba muy ocupado con fiestas, recepciones y visitas obligadas a personalidades del lugar, siempre acompañado de Diego Pereda, quien actuaba como embajador protocolario. Era una manera muy eficaz de medio cerrar tratos a largo plazo con los hacendados de la zona, de crear vínculos de amistad y confianza mutua, y de contar con la colaboración de las autoridades locales, siempre reconociendo sus desvelos con obsequios y alguna comisión que se desprendía a su favor con cada operación que se materializaba.

En una de esas suntuosas invitaciones, en la casa consistorial, el capitán Armijo, junto con su inseparable acompañante,

se entrevistó con el alcalde, don Francisco Sahorí. Después de las consabidas presentaciones iniciaron una conversación que interesaba a todos por igual.

—Don Francisco, dígame; ¿cómo están las cosas por estas benditas tierras? —preguntó Armijo.

—¿Se refiere a lo relacionado con su negocio en particular?

—Exacto.

—Pues andan algo revueltas. Desde que muchos países vecinos suprimieron la esclavitud, sus gobiernos nos hostigan de manera implacable para que sigamos su ejemplo. Por otro lado, son muy frecuentes los trasvases de negros entre las compañías que también se sienten acosadas por sus gobernantes, lo que en muchas ocasiones nos origina serios problemas de seguridad y de orden público, pues cada día cuesta mucho más que se adapten a sus tareas los nuevos ejemplares adquiridos, si no proceden directamente de África. Las sublevaciones de nuestros esclavos son continuas, porque quieren seguir el ejemplo de los otros. También hay que añadir algunos intentos de invasiones de cimarrones extranjeros que han conseguido, sabe Dios cómo, la tan deseada libertad, y ahora quieren atacar las haciendas para llevarse consigo a los esclavos, arrasando lo que encuentran a su paso, incluso las vidas de sus legítimos propietarios.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó sorprendido Armijo.

—Están ayudados y protegidos por poderosas organizaciones internacionales que a su vez cuentan con el apoyo de muchos gobiernos legalmente establecidos —contestó Pereda.

—¡Pues me parece una provocación! ¡Es una humillación que se inmiscuyan en los asuntos internos de una nación soberana y se les permita tal vil acción! —replicó el capitán.

—Amigo Armijo, nuestro poderío ha dejado de ser el de antaño y, ahora, debemos pensar en preparar una honrosa retirada de casi todos los frentes, incluidas las colonias de ultramar —respondió Sahorí.

—Me produce mucha pena escuchar esas palabras —comentó Armijo.

—No lo dudo; pero mejor pena hoy, que ruina mañana.

—No pensé que las cosas estuvieran tan mal —se lamentó el capitán.

—¡Y peor que se van a poner! —vaticinó Pereda.

—Bueno; hablemos de cosas más mundanas y de mejor agrado, que no quiero estropear esta hermosa fiesta con malas noticias —solicitó Sahorí.

—Pues bebamos y disfrutemos de esta inigualable hospitalidad —respondió Pereda, mientras alzaba su copa para brindar con sus acompañantes, quienes respondieron de inmediato con el mismo gesto.

Mientras transcurrían los días de la obligada observación sanitaria, la tripulación del Daniya tenía ese mismo margen de tiempo para dedicarse a la tarea de sanear el estado del bergantín, con el fin de dejarlo preparado para recibir los distintos productos que transportaría hasta Cádiz. Para ello, una vez que la embarcación quedó vacía de su última carga, se procedió de inmediato a su completa aireación, complementada con una profunda limpieza desinfectante que se realizó con cloro convenientemente mezclado con agua. Para terminar con ese olor fétido e insoportable que se había instalado en el barco, fruto de los efluvios malignos que se desprendieron de los cuerpos enfermos de los esclavos, de las aguas que tanto tiempo permanecieron estancadas que se usaron para consumo humano y de las materias orgánicas que se descompusieron durante el largo viaje, unas intensas y repetidas fumigaciones con

ácido nítrico servirían como medida eficaz de erradicación de los temidos miasmas, que con tanta frecuencia se producían en este tipo de travesías.

Gracias al buen clima que reinaba en aquellas tierras, los esclavos se recuperaron muy rápidamente y de una manera bastante satisfactoria. El padre Clemente, por su parte, se entrevistaba con cuantas autoridades podía para evitar la inminente venta indiscriminada de sus protegidos. A pesar de sus continuas llamadas, en la mayoría de las ocasiones ni siquiera era recibido. El párroco del lugar quería ayudarle en lo posible, pero estaba más ocupado en salvar las almas de quienes le mantenían que en facilitar una solución al problema de aquellos pobres africanos para los que, según sus propias palabras, desgraciadamente la suerte ya estaba echada desde que fueron apresados en aquellas lejanas tierras abandonadas de la mano de Dios. Clemente estaba muy preocupado por el futuro que les aguardaba y, sobre todo, por los inevitables alejamientos familiares que se producirían cuando amos diferentes compraran a madres, padres e hijos por separado. El misionero intentaba hacerles comprender la gravedad de este asunto, pero ellos, en una clara manifestación pública de inocencia común sobre su situación personal, no entendían el concepto de separación cuando estaban en el mismo sitio. Sin embargo, notaban el cariño de Clemente, lo que los llevó a aceptarle como su máximo valedor para cuidar de su futuro. Aquella carga adicional de responsabilidad que añadieron a los sentimientos del buen samaritano, aparte de llenarle de gozo y agradecimiento, no hizo otra cosa más que implicarle, aún si cabe con más fuerza, en su empeño por salvar a aquellas gentes desvalidas. Entre sus preocupaciones más inmediatas se encontraba Ganna, quien apenas mejoró de su dolencia a pesar de las largas conversaciones que mantuvo con ella durante la obligada cuaren-

tena. De todos modos, sus movimientos eran estrechamente vigilados por los hombres del capitán Armijo, quien la víspera de la venta de los esclavos aconsejó al alcalde que, para evitar alguna situación incómoda, lo mejor era retener al misionero en una celda hasta que todo hubiera concluido. Sahorí accedió complacido, pues tenía información muy puntual sobre los pensamientos y las acciones del dominico, encaminados a liberar a los negros. Por eso, el último día de permanencia de los esclavos en aquella especie de lazareto destartalado, unos guardianes de la prisión comunal fueron a apresarle con la excusa del interés que tenía el alguacil por interrogarle sobre varias cuestiones importantes. Cuando se presentó en las dependencias de la comandancia, le dirigieron hacia una habitación, en cuyo interior lo único que encontró fue una celda con un camastro dotado de un colchón de paja, un cubo con agua, un trozo de pan y una manta raída. Enseguida comprendió el engaño sufrido y que la venta se iba a producir en las próximas horas. Quedó tranquilo, pues había tenido tiempo suficiente para aleccionar a sus negros, y lo dejó todo en manos del Altísimo, pues pensó que, al final, él sabría por qué ocurren de esa manera tan poco entendible las cosas. Cuando los carceleros cerraron la pesada puerta tras de sí; se arrodilló para rezar todo lo que durante aquellos días no había podido orar; unas veces por falta de ganas, otras por falta de tiempo. Sabía que de allí no se iba a mover hasta que todo hubiera concluido, por lo que se limitó a recordar la pasión de Cristo en un ejercicio de clara comparación con lo que les esperaba a esos pobres desdichados, que en pocos días se habían convertido en sus hijos espirituales.

El día siguiente de la encarcelación secreta del padre Clemente fue fijado para realizar la subasta de los esclavos en el mercadillo prefabricado que a tales fines se preparó en el cen-

tro del puerto. El puesto de maestro de ceremonias, tasador oficial y director de la puja corrió a cargo de don Diego Pereda, quien actuó en nombre del armador don Ildefonso de Benjumea, dueño de la mercancía que iba a subastarse en esa soleada mañana. Previamente, don Diego ya los había seleccionado por lotes de calidad y había valorado los distintos ejemplares de forma individual.

Los esclavos fueron conducidos a unos rediles anejos a la plataforma de remate, a la espera de su turno para que se mostraran sus cualidades a un público interesado en su adquisición, o a simples curiosos que paseaban por el lugar para distraerse un rato. Todos los ejemplares fueron desnudados para que los compradores pudieran examinar sus cuerpos. El precio de las hembras siempre resultaba algo superior al de los varones, sobre todo el de aquellas que estaban embarazadas o en edad fértil para la procreación. La edad más solicitada oscilaba entre los once y los veinte años. Por ello, las primeras en salir a la tarima fueron las mujeres que habían sido seleccionadas por Diego como «alma en boca»; es decir, sanas y preparadas para el trabajo, y en pleno uso de facultades, tanto físicas como mentales. Todas fueron vendidas a un precio medio de novecientos pesos, sin que se enteraran de qué iba aquella rápida y poco entendible palabrería que aquellos hombres blancos se decían. Todas fueron bien colocadas, a excepción de Ganna, que fue subastada como «costal de huesos»; es decir, que podría tener alguna enfermedad mental oculta de la que no se hacía responsable el traficante, a excepción de que padeciera epilepsia. Desnuda, sola, en medio de la tarima y sintiendo las miradas de los curiosos sobre sus pechos y zonas genitales, fue examinada por cuantos quisieron.

—Es muy fuerte y musculosa para ser una hembra —exclamaba el tratante en alta voz.

—¡Es verdad! Pero parece que tiene una enfermedad mental —comentó un posible interesado.

—Ha sido el viaje. Le ha sentado mal salir de su tierra, y desde que embarcamos no ha vuelto a hablar con nadie.

—Yo no me fío; luego te crean muchos problemas —exclamó otro comprador.

—Por eso la sacamos a subasta solo por cuatrocientos pesos, como costal de huesos; pero está claro que vale mucho más.

—No me gustaría quedarme dormido a su lado. Esa mirada perdida no inspira confianza —intervino otro.

—¡Anímense! ¡Compren a esta joven negra! ¡Es posible que esté embarazada! Y si no lo está, la podrán cruzar con algún semental. ¡No pierden nada! —vociferaba el subastador, ante la pasividad de los postores.

En este caso, y al ver que nadie se interesaba por el ejemplar 14-A, tuvo que recurrir, al contrario que en el caso de las otras hembras, a la subasta descendente. Así, poco a poco, su precio de salida se disminuyó a la espera de que alguien se interesara por ella. En caso de que no fuera vendida, circunstancia que en muy pocas ocasiones se daba, sería sacrificada como cualquier otro animal. Por suerte para Ganna, una anciana llamada Milagros Ruiz, propietaria de una de las tabernas del pueblo, la que llevaba por nombre La Salerosa, decidió adquirirla cuando su precio de remate era de cincuenta pesos. A partir de aquel momento, pasaría a formar parte de sus propiedades y a vincular su derecho a la existencia, a los deseos de su ama.

En cuanto a los machos, siguieron a continuación el mismo procedimiento que las hembras. Las piezas que salieron como «alma en boca» se vendieron a un precio medio de setecientos cincuenta pesos, como buenas herramientas de trabajo. Los pocos que se subastaron como «costal de huesos» se consiguieron a un precio medio de trescientos pesos. Aquellos que

fueron heridos en la sublevación a bordo fueron considerados como «con todas sus tachas», lo que significaba que el traficante negrero los consideraba peligrosos por tener predisposición hacia la pelea, y con grandes probabilidades de convertirse en cimarrones, por lo que tampoco se responsabilizaba de su resultado final. Aun con todo, aquellos que se salvaron de las balas del capitán Armijo fueron adquiridos por el módico precio de cien pesos por unidad. Eso sí, cayeron en poder de los hacendados con fama de más duros y sanguinarios de la región. Como casi todos eran jóvenes y fuertes, seguro que algunos de ellos acabarían alquilados temporalmente a otros señores propietarios para realizar los trabajos más duros del campo, como el corte de la caña cuando estaba ya madura o su posterior molienda.

Una vez finalizado el proceso de venta, don Diego Pereda extendió la correspondiente carta de venta por cada uno de los negros subastados a favor de los adquirentes, documento que acreditaba su título de propiedad sobre el esclavo. El problema se produciría a continuación, cuando cada comprador reclamara para sí su compra, y era el momento de la separación de padres, hijos y parejas. En ese instante, resultaba imprescindible la intervención de la fuerza pública para conseguir llevar a cabo tan dolorosa experiencia. Al final, mediante golpes y latigazos, acabaron con su exigua resistencia y rompieron las débiles unidades familiares para entregar a cada propietario la mercancía que acababa de adquirir.

Los interesados en la compra de esclavos, aparte de dueños de grandes haciendas, también podían ser mineros, plantadores, comerciantes o pequeños industriales. Cualquiera que necesitase ayuda extra en forma de mano de obra sin cualificar y tuviera capacidad económica para permitírselo resultaba ser un comprador potencial. Si no gozaban de esa posibilidad de compra, tendrían que alquilar esos servicios a sus legítimos dueños.

El resto de la jornada transcurrió muy tranquila, sin ningún otro incidente reseñable. El dominico, en cuanto se ultimaron las transacciones y fueron entregados los esclavos a sus nuevos amos, fue devuelto a la calle. Cuando se le restituyó su libertad, comenzó a realizar indagaciones encaminadas en averiguar el paradero de sus protegidos. Para ello, con suficiente antelación, dejó al párroco del lugar encargado de estar atento a todas las operaciones, de forma que tomó buena nota de todo cuanto sucedió aquella mañana en el mercado de la trata, como vulgarmente se conocía al provisional mercadillo donde se vendían los esclavos negros. Su idea inicial consistía en visitar a los nuevos dueños para persuadirlos de que otorgasen la libertad a sus esclavos, propuesta que en ningún caso obtuvo resultado positivo. En realidad, Clemente era un adelantado a su tiempo, pero él, todavía no lo sabía. Esta tarea le iba a ocupar mucho de su tiempo, por lo que decidió establecerse definitivamente en esas tierras de clima benigno y gentes alegres. No se preocupó por su manutención ni por su nueva forma de vida, y mucho menos por su futuro. Su experiencia en África le hizo ver que un misionero no tenía futuro, que solo debía pensar en el presente. Por otro lado, había recibido demasiadas bofetadas espirituales que, sin darse cuenta, le endurecieron el carácter y curtieron sus sentimientos.

—Dios proveerá —se dijo a sí mismo.

Tomó sus pocas pertenencias, hizo con ellas un pequeño hatillo y comenzó una labor que dio por llamar de apostolado en favor de los negros. La noticia rápidamente llegó a oídos de las autoridades locales, quienes se limitaron a sonreír ante tal ocurrencia, y le calificaron de loco enfermo sin prestarle la más mínima atención.

El misionero tenía razón en eso de dejar en manos de Dios su sustento, pues enseguida surgieron almas caritativas

que le prestaron ayuda desinteresada para que pudiera continuar con su apostolado. Casi todos aquellos voluntarios fueron reclutados por el párroco titular, quien en virtud de un pacto secreto al que llegaron ambos religiosos, se convirtió en su más eficaz mentor y colaboró en todas las cuestiones que pudo, en la medida de sus posibilidades, pero siempre de manera no oficial y bajo un estricto anonimato para evitar la posibilidad de represalias por parte de las autoridades. De momento, cuando Clemente se enteró de la noticia de que Ganna había sido adquirida por la dueña de una taberna de la ciudad conocida con el nombre de La Salerosa, sintió una enorme alegría ante la esperanza de que su dueña tuviera buen corazón y facilitara la ayuda que necesitaba la joven esclava. Armado con una moral indestructible, un rosario enorme que utilizaba de cinturón, para que todo el mundo reconociera su condición, y la idea imparable de ayudar a aquellos negros necesitados, a la mañana siguiente, cuando comprendió que no serían molestados por los clientes habituales, se encaminó muy temprano hacia la taberna en busca de su dueña.

—Buenos días —saludó al cruzar bajo el dintel de la puerta de entrada.

—Buenos días, padre. ¿No se encuentra muy lejos de su lugar de trabajo? —contestó una señora que esperaba detrás del mostrador.

—Mi trabajo está en todas partes —contestó.

—¡Ya! Se me había olvidado que su jefe los manda por el mundo a solucionar problemas ajenos que nunca arreglan.

—Al menos lo intentamos.

—Bueno, ¿qué se le ofrece?

—Quiero hablar con la dueña.

—¡Pues la tiene delante! Soy Milagros Ruiz.

—¡Pues mucho gusto! Soy Clemente...

—El misionero dominico que vino en el barco de los esclavos —le interrumpió sin dejarle acabar la frase.

—Me sorprende que me conozca —contestó mientras esbozaba una amplia sonrisa.

—¡Todos le conocen en La Habana! Ya se ha encargado usted de ser famoso por sus comentarios y acciones.

—¡No entiendo!

—¡Pues que no sé si contestar que el gusto es mío! Su fama le precede por donde quiera que vaya.

—¿Por qué?

—Porque no van a venir muchos clientes a mi casa si descubren que es usted otro parroquiano.

—Si prefiere, podemos hablar en la trastienda.

—¡Lo prefiero! Además, estaremos más tranquilos.

—Conforme. No le robaré mucho tiempo.

—¡Sígame! ¡Un momento! ¡Rosina!

Apareció de inmediato una alegre mulata bien vestida, ensortijada, adornada en el cuello con coloridos collares, que a pesar de no tener más de trece años de edad presentaba un cuerpo de mujer desarrollado en toda regla.

—¿Sí? —preguntó la muchacha mientras lucía media sonrisa que potenciaba sus carnosos labios, que enseguida disimuló cuando comprobó que tenían visita.

—Atiende la barra hasta que vuelva.

—Sí, señora.

Contestó con respeto, pero sin perder de vista al recién llegado, de una manera disimulada, con sus ojos almendrados de color marrón claro que parecían brillar como luceros dentro de sus cuencas.

Una vez que estuvieron protegidos por la intimidad del cuarto, el dominico inició la conversación con una pregunta muy directa.

—Dígame; ¿es una esclava?

—Es algo más.

—¿Qué es?

—¡Mi nieta!

—¿Su nieta?

—Sí. ¿Le gusta?

—Que sea cura no quiere decir que no sea hombre y no sepa apreciar la belleza de una mujer.

—Gracias por el cumplido. Es hija bastarda de mi único hijo. Nació como consecuencia de su unión con una esclava que compré para que me ayudara con las tareas más duras del negocio. Luego, la muy tonta murió de fiebres y nos dejó este regalo. Al principio me sentí engañada, pero cuando mataron a su padre comprendí que había nacido para hacerme compañía y luego para heredar mi taberna.

—¿Cómo murió su hijo?

—En una pelea callejera en el puerto a manos de varios piratas. Luego, más adelante, y por otras fechorías distintas, estos fueron ajusticiados y ahorcados.

—Siento su pérdida.

—¡Yo no! Cuando creció y se hizo hombre, enseguida presentí su final de una manera bastante parecida a como se produjo. Por su comportamiento con todo el mundo, lo llevaba escrito en el alma.

—Hablando de alma, yo he venido a hablar con usted sobre...

—¡Sobre Ganna! —no le dejó terminar la frase.

—Efectivamente. Veo que le ha respetado su nombre original.

—¡Claro! ¿Por qué habría de quitárselo?

—Ya sabe, por esa costumbre de rebautizarlos con motes como si fueran mascotas o animales de trabajo.

—No todo el mundo piensa de la misma manera.

—Me alegra conocer a alguien así.

—No hace falta que me dé coba. No pienso hacer ningún daño a Ganna.

—Me deja muy tranquilo. En cuanto me contó la historia de su nieta, comprendí que sus sentimientos hacia los negros son diferentes a los de la mayoría de la gente.

—Sé a qué se refiere. No crea que para mí ha sido cosa sencilla, sobre todo al principio.

—Muchas veces estamos cargados de prejuicios inútiles que nos imbuyen otros, que nada tiene que ver con nuestros verdaderos sentimientos.

—¡Puede ser! Pero quiero decirle que no se debe preocupar por ella. Aquí estará bien cuidada.

—No tengo ninguna duda. He venido a contarle su historia verdadera para que comprenda mejor su situación actual.

El dominico inició un largo relato en el que no omitió ningún detalle, sobre todo aquellos en los que participó como testigo directo. Después, le hizo una petición muy directa a doña Milagros.

—Por todo ello, quiero que conceda la libertad a Ganna.

—¡De ninguna de las maneras!

—¿Por qué no quiere?

—Pues verá: es usted un cura joven, atrevido en sus manifestaciones y deseoso de hacer el bien por donde quiera que vaya.

—¿Y eso es malo?

—No es malo, pero no sabe cuándo ni dónde debe actuar.

—No le entiendo.

—¡Y menos que me entenderá si me interrumpe constantemente y no me deja terminar!

—Perdone.

—Usted no sabe nada de nosotros, ni de nuestra tierra, ni de nuestras costumbres, de nuestra forma de vida, ni de nuestra economía. Usted, sin saber nada de nada, ha iniciado una batalla personal que no puede ganar.

—Al menos lo habré intentado. Si alguien no pone la primera piedra, no se construyen los templos.

—Déjese de majaderías y no vuelva a interrumpirme.

—¡Perdón!

—Haga caso de una vieja que lleva aquí toda su vida y que, por su negocio, conoce el corazón de los hombres que viven en estas tierras. Si no cambia su estrategia y continúa con sus pretensiones, los únicos que van a sufrir con todo esto van a ser sus queridos negros. Y usted, en cualquier momento, volverá a acabar en la cárcel por el tiempo que sea necesario, hasta que deje de molestar o se realicen las operaciones en las que no interesa que el misionero esté presente, por si monta algún escándalo, ¿lo entiende?

—Nadie me había hablado con tanta claridad.

—Pues ya es hora de que empiece a aprender su primera lección, jovencito.

—¿Y en cuanto a mi petición sobre Ganna?

—Está igual de equivocado —contestó Milagros.

—¿Cómo?

—Recapacite un poco; ¿qué cree que le ocurriría a una joven negra, libre y sola en este país? Yo se lo voy a contar. Para poder subsistir, tendría que prostituirse a un precio mucho más bajo que el del resto de las putas, y además tendría que hacer los trabajos que las otras no quisieran atender, e ir con los hombres que las compañeras de profesión despreciaran. ¡Fíjese qué tipejos tendría que soportar encima! Y todo ello para terminar siendo degollada por un desaprensivo en cualquier muelle del puerto. ¿Es eso lo que quiere para Ganna?

—¡Por supuesto que no!

—Pues esto es lo que ocurrirá si le doy la libertad. Ganna parece ser una chica lista; aunque haya sufrido mucho en estos últimos tiempos, si se le da algo de margen, seguro que se recuperará poco a poco. En mi casa estará acompañada por dos mujeres con las que que convivir, una blanca y otra a medio camino entre ella y yo; a lo mejor esta condición le hace ver las cosas de otro modo. Estoy segura de que por ello, y sin darse cuenta, ha comenzado a hablar y a integrarse con nosotras. No es que haya olvidado su pasado, pero creo que ha cambiado el enfoque que tenía sobre su próxima forma de vida. Es cierto que la quiero para que cumpla con las tareas duras del negocio, como limpieza de la taberna, jarras, manteles y demás accesorios, pero, con toda seguridad, su trabajo será mucho más liviano que el de las otras prisioneras de su aldea. Dentro de poco comenzará a aprender nuestro idioma, y cuando menos se lo espere, estará encargada de servir mesas y atender a los clientes en el mostrador. Siempre estará vigilada por nosotras y, al menos, le aguarda un futuro entre estas paredes. Así que váyase tranquilo; piense que aquí estará atendida como en el mejor de los sitios posibles; además, usted podrá venir a verla cuando quiera. También recuerde el resto de la conversación; sea cauto y no se fíe de nadie.

—¿Seguro que solo es usted tabernera?

—Soy una vieja que se ha fijado mucho en todo lo que ha podido y ha aprendido de sus propios errores. No los cometa usted también, y sírvase de mi experiencia.

—Adiós, doña Milagros, me deja tranquilo. Volveré cuando pueda.

—Aquí le espero. Adiós.

Clemente salió de la reunión sorprendido por la inimaginable fuente de conocimientos y buena exposición que poseía

la dueña de la taberna. Después de meditar un rato, y gracias a sus consejos, no tardó en comprender que no se encontraba solo en su lucha, y que al igual que el párroco, muchos le ayudarían anónimamente. Aquello le reconfortó para seguir adelante con su idea, pero le hizo ver que debía cambiar de estrategia si quería sobrevivir entre los enemigos de su causa.